

Homilía de Séptimo Domingo de Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2016 - 2017 - (Ciclo A)

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”

Introducción

¿En qué se nota que somos cristianos? Las creencias, si son auténticas, se traducen en una determinada conducta. Pero una determinada conducta no garantiza de por sí la autenticidad de ciertas creencias. Sabemos bien que Jesucristo subordinó toda norma religiosa al mandamiento del amor, de modo que no tiene sentido cumplir un precepto, por heroico que este sea, si no se hace por amor.

En nuestro itinerario hacia la Cuaresma continuamos escuchando el sermón de la Montaña, que hoy nos habla de no responder al mal con mal y de amar a los enemigos. Jesús lleva a plenitud los mandamientos del Antiguo Testamento introduciéndolos en la lógica de la caridad. Advierte Santo Tomás de Aquino de que la ley nueva es más exigente en lo interior, pero más liviana en lo exterior, que la ley antigua. El problema es que en ocasiones los cristianos hemos acogido con facilidad la parte liviana, pero nos hemos olvidado de la exigente.

A los cristianos debería notársenos que lo somos en que verdaderamente tratamos de orientar nuestra vida desde la exigencia del amor porque confiamos en que el desbordante amor de Dios manifestado en Cristo nos hace capaces de ello.



D. Ignacio Antón O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Levítico 19, 1-2. 17-18

El Señor habló así a Moisés: «Di a la comunidad de los hijos de Israel: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo. No odiarás de corazón a tu hermano, pero reprenderás a tu prójimo, para que no cargues tú con su pecado. No te vengarás de los hijos de tu pueblo ni les guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor”».

Salmo

Salmo 102, 1-2. 3-4. 8 y 10. 12-13 R/. El Señor es compasivo y misericordioso

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. R/. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. R/. El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. R/. Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 3, 16-23

Hermanos: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros. Que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, como está escrito: «Él caza a los sabios en su astucia». Y también: «El Señor penetra los pensamientos de los sabios y conoce que son vanos». Así, pues, que nadie se glorie en los hombres, pues todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 38-48

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: “Ojo por ojo, diente por diente”. Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas. Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo

también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

Pautas para la homilía

La tentación de hacer rebajas

Conseguir lo mismo por menos, es el gran reclamo de las rebajas que muchos comercios, en esta época del año, realizan. Nunca estamos del todo a salvo del egoísmo que nos lleva a aplicar el esquema mercantilista a nuestras relaciones personales, con los demás y con Dios. A veces, incluso, buscamos “rebajas” en nuestras relaciones.

Cuando un interés egoísta guía nuestras relaciones, estas se desvirtúan por completo. Los frutos que nacen del encuentro personal se marchitan cuando tratamos de apoderarnos de ellos, cuando pretendemos adquirirlos en lugar de recibirlos como un don. Necesitamos ser amados, pero el amor no puede exigirse, el otro debe entregárenos libremente. Tampoco podemos recibir amor si permanecemos pasivos: también nosotros tenemos que poner en juego nuestra libertad. Por este motivo, la lógica de la “rebajas” no funciona en las relaciones: recibimos en función de lo que estamos dispuestos a arriesgar. En contra, por tanto, de lo que muchas veces pensamos, el amor no se reduce a los sentimientos.

Las llamadas virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) forman una suerte de comunidad trinitaria: son inseparables y dependen cada una de las otras. Decía Benedicto XVI en Spe salvi que la actual crisis de fe de la sociedad occidental es, en sus aspectos concretos, una crisis de esperanza (n.17). Podemos decir, en consecuencia, que estamos también ante una crisis de caridad, de amor. No es casualidad que su primera encíclica, la inmediatamente anterior, la dedicara al amor (Deus caritas est).

El ideal evangélico que propone y realiza en su vida Jesucristo resulta tan exigente que la tentación inmediata es la de hacer “rebajas”, desnaturalizarlo. Entonces las consecuencias son inevitables: nuestra fe y nuestra esperanza enflaquecen. Cuando nos cuesta creer y mantener viva la esperanza es porque nuestro amor es débil, porque ponemos poco en juego. ¿Cómo creer que el amor de Dios nos salva de la muerte si no tenemos experiencia profunda del poder transformador que el amor tiene en nuestra propia vida?

Algunos pensadores europeos del siglo XX creyeron que el mensaje cristiano podía ser aprovechable reduciéndolo a un código moral, a una filosofía existencialista que eliminara toda referencia a Dios y a lo religioso (aspectos que ellos consideraban mitos inaceptables para una sociedad moderna). Hacer un cristianismo sin Dios, en definitiva. El resultado fue la otra cara de la moneda: el mandamiento del amor se convierte en una carga insoportable sin la experiencia de la fe en un Dios que nos ama primero (1 Jn 4, 19). Cuando nos cuesta amar y vivir con esperanza es porque nuestra confianza en Dios languidece. ¿Cómo aspirar a amar sin límites sin la experiencia profunda de la presencia misericordiosa de Dios en nuestras vidas?

Tenemos miedo a apostar toda nuestra vida al Evangelio y -como en esos concursos de la televisión- repartimos nuestra apuesta entre varias posibilidades, por si acaso, no vaya a ser que lo perdamos todo. Debemos seguir pidiéndole a Dios valentía para “dejarlo todo” y seguir a su Hijo (Mt 19, 27).

Del “ojo por ojo” al amor que ve más allá de “los nuestros”

El progreso moral que supuso la ley del Talión al prescribir proporcionalidad entre delito y castigo va a ser llevado a plenitud en el mandamiento del amor incondicional. Así es el amor de Dios, que “manda la lluvia a justos e injustos”.

El amor al prójimo ya revelado en el AT encuentra en el NT un alcance ilimitado cuando Jesús nos pide que amemos incluso a los que nos odian. La parábola del Buen Samaritano que narra Lucas (Lc 10, 30-37) recogía -y respondía invirtiendo los términos de la discusión- la controversia rabínica de la época acerca de a quiénes debían considerar “prójimo” los judíos. Controversia que también está de fondo en la Palabra proclamada de hoy.

En el Levítico 19 se habla de evitar el odio, la venganza y el rencor hacia los hijos de Israel. Respecto a la prescripción “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, los maestros de la Ley debatían acerca del alcance y los límites del término “prójimo” y si éste era o no aplicable también a, por ejemplo, los no judíos que habitaban en tierra judía. La respuesta de Jesús es clara y radical: “amad a vuestros enemigos”.

El amor al enemigo es la expresión más contundente del amor incondicional, universal y misericordioso que Dios nos tiene y al que Dios nos llama. Amar es procurar y desearle bien al otro: el verdadero amor solo busca eso. Amar a los que nos odian no es desear su odio, al contrario, es desear que lo abandone y que acoja la misericordia que se le ofrece. Y hacer y querer el bien del otro no siempre significará hacerle sentirse bien.

En cuanto a la respuesta que el Evangelio nos propone para quienes nos agravan, evidentemente no debe interpretarse como una invitación a despreciar la propia dignidad o a prestarse a ser denigrado. ¿Qué hacer cuándo se nos hace mal? No debemos responder con mal, pero tampoco debemos permanecer impasibles. Hay que dar testimonio. Poner la otra mejilla o dar más de lo que se nos quita o pide son expresiones que manifiestan que el mal debe ser afrontado con el bien.

La perfección a la que se nos llama es a la del amor.

Dios se ha revelado haciéndose nos prójimo en Jesús. Antes mencionábamos la tentación de construir un cristianismo sin Dios; también los hay que, sin llegar tan lejos en su rebaja, pueden sentirse tentados de fabricar un cristianismo sin Encarnación.

Dios no se revela por afán exhibicionista, ni tampoco para saciar la curiosidad humana. Por medio de la Encarnación, Dios expresa lo que es (amor sin límite) a la vez que lo realiza de un modo inefable. Su amor, que llega hasta la Encarnación, nos ha introducido en lo más profundo de Sí y nos ha revelado el misterio del propio ser humano: Jesucristo es la respuesta a la pregunta por lo que somos y lo que estamos llamados a ser. Su incumbencia para nosotros es total y definitiva.

Un amor tal como el que se nos pide solo es posible si bebemos de la fuente del amor, que es Dios, la cual se nos ha abierto en Jesucristo. La perfección de Dios a la que se nos llama no es la perfección como muchas veces la imaginamos: la de un ser acabado, pleno, autónomo. Así es como solían concebirla los antiguos filósofos griegos. Pero Dios no es una ecuación: ¿por qué habría de revelarse -y mucho menos encarnarse- un ser acabado, pleno y autónomo? La

perfección de Dios es la perfección de la santidad, como dice el Levítico. La perfección consiste en amar como Dios ama, incondicionalmente. Por eso, la expresión que recoge Mateo, “sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”, es totalmente equivalente a la que encontramos en Lucas: “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36).

El amor es la única fuerza capaz de cambiar a las personas respetando su libertad. Desde esta perspectiva debemos contemplar la misteriosa relación entre la intervención amorosa de Dios (la gracia) y la libertad humana. “Seréis como Dios” (Gn 3, 5), este es el anhelo profundo que Dios ha puesto en nuestros corazones. No pretendamos, como Adán y Eva, adquirir o apoderarnos de su cumplimiento. Pidámosle a Dios que nos ayude a abrirnos, por medio del amor, para acogerlo como don realizado en Jesucristo, Nuestro Señor.



D. Ignacio Antón O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

VII Domingo del tiempo ordinario - 19 de febrero de 2017



Amor a los enemigos

Mateo 5, 38-48

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Sabéis que está mandado: «Ojo por ojo, diente por diente». Pues yo os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehuyas. Habéis oído que se dijo: -Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo en cambio os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

Explicación

Hoy Jesús nos explica que quiere decirnos cuando nos manda amarnos entre nosotros. Dar a quien nos pida, rezar por los que nos persiguen, hacer las paces con nuestros enemigos y tomar ejemplo de Dios Padre que cuando va a salir el sol se olvida de que hay hombres malos y lo hace salir para alegría de todos, buenos, malos, justos, injustos...

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

SÉPTIMO DOMINGO ORDINARIO – “A” (Mateo 5, 38-48)

NIÑO : Señor, el domingo pasado nos dijiste que somos sal y luz. Y nos dijiste cómo debíamos de comportarnos. ¿Quieres decirnos algo más?

JESÚS: Mirad, sabéis que por ser muy cabezones se nos ha dicho “ojo por ojo y diente por diente”, pero yo os digo: No hagáis nunca mal a nadie.

NIÑA: Sí, Maestro, pero cuando alguien te fastidia... ya sabes.

JESÚS: Sí, lo sé, pero si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale la otra; si alguien te pide que le acompañes un kilómetro, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado no le pongas excusas.

NIÑO: Eso que nos pides es muy difícil.

JESÚS: ¿Vosotros queréis ser felices? ¿Queréis ser discípulos míos?

NIÑO: Claro que sí. Tu, nos quieres mucho y eres nuestro Maestro, pero...

JESÚS: Si queréis ser felices de verdad, tenéis que aprender a amar de verdad a todos. No puedes amar sólo al que te cae bien. Fijaos bien, hay que amar incluso al enemigo.

NIÑA: Pero Jesús, jeso es muy difícil de cumplir! Además... ¿qué pasa si me insultan?

JESÚS: Solamente cuando ames de verdad, entenderás lo que significa ser hermano e hijo de nuestro padre Dios.

NIÑO: Entonces... ¿tenemos que querer a todos, aunque nos caigan mal?

JESÚS: Solamente así seremos hijos de nuestro padre Dios. Porque si amas a los que te quieren ¿qué haces de especial? Eso lo hace todo el mundo

NIÑA: Maestro, como decíamos el domingo pasado: dices las cosas muy claras pero son tan difíciles de cumplir, que te puedes quedar más solo que la una.

JESÚS: No son difíciles, son sencillas y además la única manera de entender que todos somos hermanos y que debemos hacer la vida cada día más feliz a todas las personas con las que nos encontremos. Tenemos que imitar a nuestro padre celestial y amarnos como él nos ama.

NIÑO: Muy bien, Maestro, intentaremos hacer todo esto que nos dices, pero ayúdanos.

JESÚS: No os preocupéis. El que confía en mí sabe que yo siempre estoy con vosotros

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández